

con gran fuerza cuando se trata de retomar el desafío de buscar un modelo propio, sin que se haya desarrollado durante muchos años una reflexión profunda acerca de los problemas de la transición al socialismo en un país subdesarrollado. No es de extrañar entonces que se camine mediante el método de ensayo de error, y que a veces se cometan errores...

Yo creo que hay que entender que se trata de una dirección que percibe los problemas que nosotros también percibimos y que está haciendo esfuerzos sobrehumanos por solucionarlos, pero sin romper la unidad nacional, que es, como dice Fidel, la OTAN de la revolución. Cualquier fisura que se abriera en el pueblo sería de inmediato aprovechada por el imperialismo. La historia nos lo ha enseñado. Basta recordar el papel que jugaron los grupos étnicos, insignificantes minorías opositoras que habitan la costa atlántica en Nicaragua, como cuna de la contrarrevolución en ese país, y lo que recientemente ocurrió en los países del Este.

En síntesis, yo creo que se puede entender y justificar la existencia de un partido único en Cuba, tanto históricamente, como en este momento en particular, vista la posible agresión de Estados Unidos, pero si hay partido único tiene que haber debate interno, porque las ideas sólo maduran en función del intercambio. Las ideas no pueden madurar en un sistema donde se supone que las ideas salen de abajo para arriba y vuelven de arriba para abajo, un sistema vertical que yo creo que no es ni nunca fue leninista, porque con ese sistema no se logra conformar una corriente de opinión que profundice en los problemas. Lenin jamás condenó las corrientes de opinión o tendencias ideológicas, lo que no hay que confundir con fracciones. Una fracción es una estructura orgánica que no reconoce las decisiones adoptadas por la mayoría e implementadas por la dirección del partido. Y sin ese mando único es imposible una conducción política eficaz. El problema es que Stalin asimiló tendencias a fracción y aún hoy en Cuba no se aceptan las tendencias, porque se siguen asociando con fracción, y por asimilación, con trotskismo. Pero de hecho la vida lleva a las tendencias, porque naturalmente uno se junta con sus amigos más afines a discutir y a elaborar.

—Esto que dices ¿no será el re-

flejo de lo que tú deseas para Cuba? ¿Cómo puedes asegurar que la Convocatoria al IV Congreso a la que te refieres no es un documento más y que la dirección de la revolución está realmente empeñada en llevar adelante un proceso de democratización desde adentro?

—Mira, yo creo que después de 18 años de ausencia de debate interno y de conducción burocrática y verticalista no es fácil iniciar un viraje como el que se propone en la Convocatoria. Sin embargo, si tú sigues lo que ocurrió después del llamamiento, creo que puedes detectar los grandes esfuerzos que está haciendo la dirección del partido por llevar adelante este proceso, que implica —no podemos ignorarlo— vencer la resistencia de los cuadros medios, habituados al viejo estilo de trabajo. Es mucho más fácil bajar órdenes que estimular la actividad creadora de la población.

Hemos visto cómo Aldana, en

“Creo que después de 18 años de ausencia de debate interno y de conducción burocrática y verticalista no es fácil iniciar un viraje como el que se propone”.

cargado de los aspectos político-ideológicos del partido y Machado Ventura, encargado de organización, han criticado las primeras reuniones que han tenido lugar para discutir la convocatoria porque se cayó nuevamente en el formalismo, en la ausencia de un verdadero debate. Tanto ellos como muchos otros dirigentes están llamando a que se dé una real discusión en la base.

Por otra parte, la TV que tendía a hacer entrevistas a la población en las que todos estaban de acuerdo y apoyaban las medidas planteadas, hoy está dando cada vez más espacio a las opiniones críticas.

A eso habría que agregar la transmisión completa por TV en el mes de abril de la reunión que Fidel mantuvo con diversos grupos cristianos cubanos. Durante dos sesiones de hora y media cada una, pudimos oír, junto al apoyo de esos creyentes a la revolución, sus críticas por la discri-

minación que suelen sufrir en sus centros de trabajo u organizaciones de masas cuando se trata de nombrarlos para puestos de representación gremial.

A pesar de que Fidel dejó sentado su criterio respecto al papel que podían jugar los cristianos en la revolución en su larga conversación con Frei Betto en 1985, libro que fue publicado en Cuba en cientos de miles de ejemplares, muchos cuadros del partido, educados durante años en el famoso “ateísmo científico”, pensaron que se trataba de un libro para la exportación y no de una orientación para una política interna.

Una anécdota que me tocó vivir muestra cuán cierto es lo que digo. Una vez, preocupada por la situación de unos jóvenes en mi cuadra, porque no los veía trabajar, señalé esto a un compañero de la dirección del Comité de Defensa de la Revolución, y éste me contesta: “no te preocupes, no hay problemas con ellos. El único problema que tenemos en la cuadra es el de una viejita que todavía es cristiana”.

Sabemos además que existe la disposición de recoger cada una de las opiniones críticas y aportes que surjan en las reuniones donde se debata la Convocatoria por todos los cubanos.

Me parece interesante al respecto señalar que en el caso del Congreso del PT de Brasil, partido conformado por varios grupos que de alguna manera siguen actuando todavía como fracciones, existirán varias ponencias, que deben ser votadas por los delegados al Congreso y la que obtenga la mayoría es la que se discute luego en varias comisiones. Toda enmienda que surja de ese debate y logre más del 25 o/o de los votos irá al Plenario, como una forma de defender las posiciones de minorías. Y ¿por qué sólo aquellas que obtengan un 25 o/o de los votos? Para evitar —me decían— que cualquier loco salga con una idea estafalaria. En Cuba, en cambio, se tomarán todas las ideas. Yo creo que esto es lógico porque en muchos casos, dada la ausencia del hábito del debate, aquéllos que planteen opiniones críticas y sugerencias no previstas pueden ser considerados algo desajustados por esos colectivos acostumbrados a la aprobación formal de todo.

Te vuelvo a repetir que yo tengo grandes esperanzas en este proceso y me estoy preparando para participar en la reunión de mi cuadra.

AMAUTA

DOCUMENTOS

Nº

8

Abril 91



Marta Harnecker, politicóloga y periodista chilena, autora de los famosos Conceptos elementales del marxismo Histórico, que resuelve en esta larga entrevista temas urgentes de la teoría y la praxis del marxismo contemporáneo, abordando con especial énfasis el proceso de rectificación política en Cuba y la Convocatoria al IV Congreso del PCC. Por su interés, claridad y amplitud, Amauta reproduce gran parte de un diálogo realizado en La Habana el año pasado.

ENTREVISTA A MARTA HARNECKER

La validez del marxismo hoy

Cómo se siente *Marta Harnecker, autora de Los conceptos elementales del materialismo histórico, libro que ha formado en el marxismo a las generaciones jóvenes de los setenta y ochenta, con un tiraje de alrededor de un millón de ejemplares, con la crisis actual del socialismo y, por lo tanto, del marxismo?*

—Mira, primero creo que es preciso separar la crisis del marxismo y la crisis del socialismo. Son dos cosas distintas. El marxismo es una ciencia. El socialismo es un proyecto de sociedad.

Ahora, si el marxismo es una ciencia, la ciencia de la historia como dice Althusser, es lógico que su desarrollo deba ser permanente y si éste se detiene entre en crisis. Si su objeto es la historia de la sociedad, se requiere que se vayan creando nuevos instrumentos para dar cuenta de las nuevas realidades. Y es esto lo que no se ha hecho. De ahí que podamos hablar de una crisis del marxismo. Esta ha sido más profunda en los países socialistas debido a que, desde la época de Stalin, se transformó en ciencia oficial, es decir, en una anticencia, en un dogma, permaneciendo estancada durante décadas.

Vale la pena recordar que Marx fue reacio a usar el término "marxismo" para denominar sus investigaciones científicas, y con toda razón, porque un dogma puede reclamar derechos de autor, pero jamás una ciencia. Como escribo en la introducción a mi último libro acerca del tema de la vanguardia, se habla de matemática, de física, de antropología, de psicoanálisis, pero no se habla de galileísmo, newtonismo, levystrausismo, freudismo, porque toda ciencia tiene un desarrollo que trasciende su fundador y a la vez tiende a requerir un desarrollo cada vez más colectivo.

La crisis del marxismo no significa, sin embargo, que esta ciencia haya perdido su validez como instrumento analítico de la sociedad y su cambio. Si posee instrumentos mejores, por favor, que me los proporcione. Hasta la ciencia social contemporánea no puede prescindir de ellos. Es paradójico, pero los capitalistas usan más el marxismo para elaborar su estrategia contrarrevolucionaria que nosotros para nuestra estrategia revolucionaria. Basta examinar a fondo la estrategia de la guerra de baja intensidad para ver cuán útiles les han sido a ellos las categorías marxistas, y más aún si se exami-

nan las reflexiones que plantea el documento Santa Fe II acerca de las instituciones permanentes del Estado.

Es interesante, por otra parte, constatar que el marxismo, letra muerta para algunos, es instrumento eficaz de análisis y arma de combate para los revolucionarios latinoamericanos que están en las trincheras de lucha más avanzadas y que es allí donde se aprecia más su gran valor instrumental; precisamente porque son estos movimientos los que, a través de las exigencias de la práctica, han ido desarrollando esta ciencia, aunque todavía su sistematización esté en un estado embrionario.

EL SOCIALISMO QUE HA MUERTO NO ES EL NUESTRO

—*Tú decías que era necesario distinguir entre crisis del marxismo y crisis del socialismo, ¿reco-*

"En América Latina la alternativa es entre capitalismo neoliberal subdesarrollado, y el socialismo"

noces entonces que el socialismo está en crisis y que es necesario volver la mirada hacia las soluciones capitalistas? Tú, que vives en Cuba, ¿no es un absurdo que en el actual contexto mundial Fidel Castro levante la consigna de "¡Socialismo o muerte!" con la que suele terminar actualmente sus discursos?

—Para responderte me parece necesario distinguir entre dos cosas muy diferentes: el proyecto socialista y un determinado modelo de socialismo.

Me parece que el proyecto socialista sigue tan vigente como antes. ¿Qué proyecto mejor puede ofrecerse a la humanidad que una sociedad en la que desaparezca la explotación del hombre por el hombre, una sociedad de productores libremente asociados, una sociedad en que reine la libertad y la plena democracia hasta la desaparición del Estado, una sociedad donde el desarrollo de las fuerzas productivas permita elimi-

nar la escasez. Ese proyecto es el que motiva nuestra lucha por cambiar la sociedad. Esas banderas siguen siendo las nuestras.

Y más aún en América Latina. Porque aquí hay que tener muy claro que la alternativa no es entre capitalismo desarrollado y socialismo, sino entre capitalismo neoliberal subdesarrollado con las escuelas que ya conocemos, y que han conducidos a los estallidos sociales espontáneos en varias ciudades venezolanas y argentinas, en que masas populares movidas por el hambre han asaltado supermercados, y socialismo.

En Cuba el socialismo no sólo ha permitido realizar transformaciones sociales profundas que hacen de este país el más igualitario del mundo, sino que, además, ha significado independencia y soberanía nacional por primera vez en su historia. Esto puede explicar que Fidel ponga tanto acento en valorar este proyecto de sociedad, cuando existe una fuerte tendencia en grupos, por desgracia cada vez más mayoritarios, en diversos países de Europa del Este y también, aunque en menor medida, en la propia URSS, que reniegan del socialismo y creen poder resolver sus problemas retornando al capitalismo.

—*Tú afirmabas que había que distinguir entre proyecto y modelo...*

—Efectivamente, esta distinción me parece básica, porque ¿cómo se ha materializado este proyecto en la historia concreta? En sociedades en que el pueblo dejó de ser el protagonista, en que los organismos de participación popular fueron transformándose en entidades puramente formales, en que el partido se transformó en la autoridad absoluta, en el único depositario de la verdad, que controla todas las actividades: económicas, políticas, culturales, es decir, lo que debía haber sido una democracia popular se transformó en una dictadura del partido... Esa ha sido un poco la historia del llamado socialismo real. El modelo de socialismo que se desarrolló fue un modelo fundamentalmente estatista, centralista, burocrático, donde el gran ausente fue el protagonismo popular.

Este modelo de desarrollo tuvo éxito en los primeros años, cuando había que cerrar filas en torno a la defensa del único Estado proletario, la Rusia revolucionaria; cuando, una vez lograda la paz, era necesario desarrollar rápidamente al país para estar en mejo-

de sus electores. A esto debe unirse también algo en lo que Lenin no insistió suficientemente, porque siempre vio la función burocrática como transitoria, como una constante rotación de los cuadros, y es en la necesidad de poner limitación a los mandatos otorgados por el propio pueblo, para evitar lo que ha ocurrido en la mayor parte de los países socialistas, donde se ha producido el fenómeno de la llamada gerontocracia, algo absolutamente extraño al pensamiento leninista.

El socialismo debe realizar también un gobierno para el pueblo, que ponga en práctica transformaciones sociales profundas y tienda hacia una igualdad social cada vez mayor.

Pero lo más característico del socialismo es la puesta en práctica de un gobierno por el pueblo o democracia participativa, donde las masas sean las verdaderas protagonistas de la construcción de la nueva sociedad.

El socialismo, por lo tanto, es la mayor expresión de democracia, una expansión enorme de ésta en relación con la limitada democracia burguesa. La bandera de la democracia es de los revolucionarios y no de la burguesía que se apoderó de ella, aprovechándose de las deficiencias que en este sentido tenían los países socialistas. Los únicos que podemos realizar una democracia consecuente somos los revolucionarios.

¿HAY QUE ABANDONAR LA DICTADURA DEL PROLETARIADO?

—*¿Quiere decir entonces que tú estimas que hay que abandonar el concepto marxista de dictadura del proletariado?*

—Yo creo que aquí hay que aclarar muy bien de qué se está hablando. Si tú te refieres al término dictadura del proletariado yo creo que es una palabra que debe ser abandonada, porque las palabras sirven para comunicarse y cuando tú usas un término y nadie entiende lo que estás diciendo o entienden otra cosa diferente a lo que tú estas pensando, ¿qué sentido tiene usarlo? Para usar una imagen, cuando le hablas al pueblo del líquido para beber usas el término agua, no le hablas de H₂O. De la misma forma, no tiene ningún sentido hablar de dictadura del proletariado en el discurso político, y mucho menos cuando nuestras experiencias en América

Latina, lo que hemos visto, lo que el pueblo conoce son dictaduras militares. ¿Cómo vamos a decirle nosotros a ese pueblo que no ha estudiado marxismo, que no tiene conocimientos científicos: compañeros, venimos a ofrecerles una nueva dictadura, sólo que ahora es la dictadura del proletariado? Creo que Lenin fue el primero en enseñarnos a dejar de lado los términos desgastados, por ejemplo, el de socialdemocracia cuando la experiencia de las masas europeas de su época relacionaban esa palabra con socialchovinismo y traición al internacionalismo proletario.

Ahora bien, una cosa es el discurso político y otra el discurso teórico. Desde el punto de vista teórico, para que un sistema político democrático pueda reflejar los intereses de la mayoría del pueblo, hay que limitar necesariamente la realización de los intereses de quienes se oponen a que se

"La dictadura del proletariado no es sino la otra cara de la democracia popular más amplia, es decir, de la fuerza de la mayoría"

adopten esas medidas en beneficio del pueblo. Toda sociedad concreta no es una sociedad en el aire donde todos los intereses coinciden. Hay que tener en cuenta que la sociedad está compuesta de intereses contradictorios y evidentemente hay que someter los intereses de la minoría a los de la mayoría. Y aquella sólo se somete cuando se la presiona. Esa es la ley de la historia. Si la minoría se sometiera a los intereses de la mayoría popular en el poder, ésta podría poner en práctica una democracia sin límites. Los límites no los impone el pueblo, los impone la propia actuación del enemigo.

La dictadura del proletariado no es sino la otra cara de la democracia popular más amplia, es decir, de la fuerza de la mayoría. Si no se practicara esa fuerza contra los opositores se estaría yendo en contra del propio concepto de democracia, se estaría irrespetando a la mayoría.

Marx, y especialmente Lenin en *El Estado y la revolución*, desarrollan el concepto de dictadura, para explicar cómo funciona todo

Estado. Según ellos aún las democracias burguesas más representativas, es decir, más democráticas, son dictaduras burguesas; porque la fuerza de esa clase es la que se impone. Ningún político burgués, por supuesto, va a hacer campaña política levantando la bandera de la dictadura de la burguesía, tratará, por el contrario, de hacer creer que su sistema es el más democrático del mundo.

—*Volviendo al esfuerzo de democratización en el que dices que está empeñada actualmente la dirección del PCC, hasta el punto de que podría dejar sin banderas a la Comisión de Derechos Humanos, ¿podrías señalar en qué consiste este proceso?*

—Pienso que Cuba, a pesar de todas sus dificultades, está viviendo un buen momento y que ese buen momento se expresa en el contenido de la Convocatoria del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba que se dio a conocer al país en marzo de 1990. El Congreso se realizará en el 91. Allí, luego de hacerse una buenísima síntesis de lo que pretende el proceso de rectificación, se señala críticamente, por ejemplo, aquello que no nos convencía a ninguno de nosotros, el asunto de la unanimidad. En todas las reuniones todos estaban de acuerdo. ¡Qué cosa más extraña que en un país como Cuba, con diez millones de habitantes, en las reuniones que se hacían en los CDR, la CTC, la juventud, el partido, en la Asamblea Nacional, todo era aprobado por unanimidad! Hay una crítica a esta cuestión en ese documento. Se insiste que unidad no es lo mismo que unanimidad, y que la unanimidad lleva al formalismo y a la doble moral.

En ese documento se plantea también la necesidad del debate, que es algo fundamental, y es especialmente importante cuando existe un partido único. Debe existir un espacio para que puedan expresarse opiniones diversas y para que se vayan construyendo, a través de un fructífero intercambio de ideas, las mejores soluciones para los diferentes problemas que aquejan al país.

Se planea asimismo la necesidad de desarrollar las ciencias sociales que a diferencia de las ciencias básicas, estuvieron estancadas durante unos 18 años, ya que es imposible que estas ciencias se desarrollen sin libertad de debate.

Esta falta de desarrollo del pensamiento social se hace sentir hoy

ta la lucha de clases en cada lugar, que no es ajena a la lucha de clases a nivel internacional.

No debemos caer ni en el fetichismo del pluralismo, ni en el fetichismo del partido único. Hay tipos de pluripartidismo que son puramente formales. Eso ocurre cuando hay dos partidos diferentes con un programa muy similar, como es el caso de los partidos Republicano y Demócrata en los Estados Unidos. Pero esto no quiere decir que esto sea siempre así. Existen formas de pluripartidismo en que los diferentes partidos realmente reflejan diferentes intereses de clase como sucede en muchos países europeos y de América Latina. De igual modo el partido único que ha sido un instrumento valioso en algunos países socialistas, puede derivar, si de él se excluye el debate intenso y toda forma de control popular sobre sus militantes, como ha ocurrido en los países socialistas del Este, en una dictadura del partido. Allí el partido perdió su carácter instrumental para volverse un objetivo en sí mismo, desvinculado totalmente de las masas.

Al analizar entonces la cuestión del partido revolucionario en Cuba, lo primero que debemos tener en cuenta es la realidad histórico-social que existe en ese pequeño país a 90 millas del imperio más poderoso del mundo, y qué estructura política e instrumentos de conducción ella requiere para llevar adelante el proyecto socialista.

EL GRUPO DE DERECHOS HUMANOS: UNA CABEZA DE PLAYA POLITICA

—Si Fidel tiene tanto apoyo popular como se dice, si cuenta con la simpatía de la inmensa mayoría del pueblo, ¿por qué no legaliza ese pequeño grupo de personas que forman parte de la Comisión de Derechos Humanos? ¿Qué peligro puede significar para Cuba ese pequeño grupo? Eso es algo que no se entiende...

—Yo creo que para entender esto hay que tener presente la correlación de fuerza mundial en la que esta inserta Cuba en la actualidad y concretamente el que sea el objetivo número uno del imperialismo norteamericano en la región. Si no se ven las cosas en forma global no se pueden entender una serie de medidas que se adoptan en la isla. A mí me parece que

una comparación ayuda a entender esto. De la misma manera en que fue fundamental para Cuba desbaratar los planes que tenía el imperialismo con la invasión de Playa Girón, para impedir que se estableciese allí una cabeza de playa contrarrevolucionaria que permitiese instalar en territorio cubano un gobierno provisional que recibiría todo el apoyo de los Estados Unidos para ir reconquistando, desde allí, el resto del territorio; de la misma manera, legalizar la Comisión de Derechos Humanos o transformarla en partido, o permitir otro partido distinto al Partido Comunista de Cuba, en estos momentos de la correlación de fuerza mundial, significaría permitir que se pudiese establecer en el territorio nacional una cabeza de playa política que serviría para que por ese canal penetrase toda la propaganda política y los recursos de la contrarrevolución instalada en Miami y del propio gobierno de los Estados Unidos. Sería un

“El socialismo debe buscar un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo”.

absurdo que después de 30 años en que la revolución ha logrado liberarse de la contrarrevolución, ahora, en aras de satisfacer las demandas de algunos sectores demócratas burgueses, cediera ese espacio a la contrarrevolución en forma gratuita.

Quiero aclarar, sin embargo, que estoy hablando de la actual situación en la que vive el país. Si estas condiciones cambiaran, si cambiara la correlación de fuerzas a nivel mundial, si el imperialismo llegase a aceptar una necesaria convivencia con regímenes que no comparten su sistema de gobierno ni su concepción del mundo, esta situación podría variar.

V. DE QUE DEMOCRACIA SE TRATA

—Te has referido a un proceso de democratización en Cuba. Esto es muy importante, ya que debes saber que las mayores críticas que

se le hacen a la revolución cubana se concentran precisamente en la falta de democracia interna en el país...

—Sí, conozco esas críticas, pero antes de abordar el tema de la democracia me parece necesario hacer unas breves precisiones conceptuales.

Existen tres definiciones de democracia y empezaré por la más conocida: la **democracia representativa o formal**, o lo que algunos han llamado **el gobierno del pueblo**. Esta democracia representativa que se dice gobierno del pueblo, puede ser, y de hecho en la realidad lo es en el caso de la democracia burguesa, una democracia que favorece las minorías. Por eso es que algunos la llaman formal, porque en nombre de ese pueblo se favorece sólo a una minoría...

Existe también la **democracia sustancial o social o gobierno para el pueblo**, cuyo propósito fundamental es la búsqueda de la solución de los problemas reales más sentidos por la población: pan, tierra, trabajo, educación, vivienda, todas cosas que permiten avanzar hacia una sociedad más igualitaria. En la práctica esta forma de democracia puede ser ejercida por una dictadura en función de los intereses generales del pueblo.

Una primera pregunta que deberíamos hacernos es: ¿qué es más democrático, un gobierno del pueblo, en beneficio de una minoría, o un gobierno para el pueblo, en beneficio de las mayorías, pero ejercido en forma autoritaria?

Por último, existe la **democracia participativa o gobierno ejercido por el pueblo**.

El socialismo debe combinar estos tres tipos de democracia. Debe buscar un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo.

Un gobierno del pueblo es el sistema donde los intereses de los diversos sectores de la población están representados en el Estado. No se puede gobernar sin delegar las tareas de gobierno en representantes del pueblo. La democracia directa es correcta a nivel local, en comunidades pequeñas, pero no puede ser ejercida a nivel nacional. Pero el socialismo, que conoce la demagogia de las campañas electorales burguesas en que se promete el oro y el moro y nada se cumple, se plantea como un principio básico de esa representatividad la búsqueda de mecanismos de revocabilidad para poder sustituir a los representantes cuando éstos han dejado de cumplir los mandatos

res condiciones para defenderlo ante una guerra que no se podía descartar; y, posteriormente, cuando, después de la guerra antifascista, que costó millones de vidas a la URSS, había que reconstruir el país. Pero luego, ya a partir de los sesenta, este modelo de producción extensiva, basado en la existencia de materia prima y fuerza de trabajo en abundancia, empezó a tener problemas cuando la mano de obra y los recursos naturales empezaron a escasear. A esto se agregaron los requerimientos de la revolución científico-técnica que exigía un modelo mucho más ágil y menos centralizado para poder rendir todos sus frutos. Se trata de lo que podríamos llamar la primera crisis estructural del socialismo.

No creemos correcto que se pretenda hacer un juicio moral de la crisis del socialismo. Tenemos que conocer sus causas objetivas. Sin los instrumentos de la teoría marxista, sin el análisis de la forma que adopta la lucha de clases en esos países, no podemos entender lo que ocurre en esas sociedades. Tampoco podemos analizar el socialismo sin relacionarlo dialécticamente con su lucha contra el capitalismo.

En este sentido es importante tener en cuenta que el capitalismo se fue constituyendo a lo largo de siglos: 500 años le costó al capitalismo llegar hasta la etapa actual de su desarrollo, 200 años para llegar a la revolución industrial, forma ampliada de desarrollo capitalista, y 300 años más para llegar a la revolución científico-técnica actual.

Tenemos que reconocer que muchos marxistas cayeron en una visión muy simplista en relación con la evolución del socialismo. Desde la época de Lenin se planteaba la crisis del capitalismo como algo lineal. Se pensaba que el capitalismo estaba en sus últimos estertores, que pronto desaparecería del mapa. Existía un pensamiento muy evolucionista, muy mecanicista respecto a los procesos de cambio: se establecía una secuencia un tanto mágica entre crisis económica, situación revolucionaria y revolución. Esto avalaba una tendencia a esperar con las manos cruzadas la llegada de la revolución. La historia nos ha demostrado que el capitalismo ha pasado por varias crisis estructurales y no ha desaparecido. Las crisis, por lo tanto, no tienen una salida única, existe siempre la alternativa de una salida revo-

lucionaria o de una salida contrarrevolucionaria. La primera se da cuando existen condiciones subjetivas, es decir, una vanguardia capaz de aglutinar al pueblo en torno a un proyecto revolucionario y junto a éste aprovechar la crisis para tomar el poder y, desde allí, empezar el camino de la construcción de una nueva sociedad más humana y más justa. La segunda se da cuando no existen estas condiciones subjetivas y las fuerzas burguesas tienen espacio para elaborar una alternativa reformista de salida a la crisis, es decir, un nuevo modelo de desarrollo capitalista que supere las condiciones que generaron esa crisis. Ese ha sido el camino seguido por todos los países desarrollados hasta ahora.

La nueva situación que se ha creado en los países socialistas nos ha hecho pensar que el concepto de crisis estructural, hasta ahora aplicado sólo al capitalismo, puede y debe ser aplicado también al socialismo. Y aquí también existe la alternativa de una salida

“No creemos correcto que se pretenda hacer un juicio moral de la crisis del socialismo. Tenemos que conocer sus causas objetivas”.

revolucionaria de la crisis hacia más socialismo, o de una salida contrarrevolucionaria de regreso al capitalismo. Tampoco se puede descartar que en los países socialistas se produzcan estallidos sociales que conduzcan a guerras civiles. Los presentes acontecimientos del mundo actualizan el concepto de revolución permanente de Marx, que la mayor parte de los marxistas aplicábamos sólo a las sociedades presocialistas.

Y como se trata de un problema de lucha de clases dentro de los países socialistas con el apoyo de fuerzas contrarrevolucionarias externas, nuestro análisis no puede ser simplista. No podemos ver todo en blanco y negro. Nuestro deber es ser solidarios con las fuerzas revolucionarias que dentro de esos países representan el proyecto socialista.

Por otra parte, si bien hay crisis estructurales en la mayor parte de los países socialistas, la estamida

hacia el capitalismo ocurre sólo en algunos países de Europa del Este. Una inmensa población del globo, representada por muchos millones de habitantes, todavía opta por la búsqueda de perfeccionar el socialismo y no la de abandonarlo. Es importante, además, tener en cuenta que en los países que hoy regresan a soluciones capitalistas, la revolución no surgió desde abajo, no fue una revolución verdaderamente popular, como lo fueron las revoluciones, rusa, china, cubana, coreana, vietnamita. Aquéllas fueron revoluciones impuestas desde arriba, producto de la presencia del Ejército Rojo luego del triunfo antifascista.

Me he extendido mucho para responderte, pero creo que puedo sintetizar lo que te he dicho asumiendo la imagen de Eduardo Galeano, el escritor uruguayo que todos ustedes deben conocer, quien sostiene que nos han invitado a un funeral que no es el nuestro. Se llega por determinadas razones históricas, que no es el caso analizar aquí, a otra cosa que es lo contrario del proyecto inicial. El socialismo que ha muerto no es nuestro proyecto socialista. Lo que ocurrió en la práctica tiene muy poco que ver con lo que Marx y Lenin concibieron. Para ellos el socialismo era impensable sin un gran protagonismo popular.

—Dado lo importante que es hoy comprender mejor qué ha ocurrido en el socialismo, creo que deberías detenerte aunque sea brevemente en aquello que querías obviar: los elementos históricos que nos permiten comprender por qué el socialismo se alejó tanto de los conceptos iniciales de los clásicos...

—No es fácil ser breve, pero haré un esfuerzo por sintetizar. Pienso que el primer desafío teórico y práctico que Lenin y los bolcheviques debieron enfrentar, fue empezar a construir el socialismo en un país subdesarrollado, semifeudal, con un proletariado muy minoritario. Marx y Engels habían anticipado que el socialismo se daría en los países altamente desarrollados.

Y a éste se agrega el otro desafío, que ni Lenin ni los bolcheviques habían calculado: el tener que comenzar a construir el socialismo en un solo país. Todos ellos consideraron que la revolución mundial o, al menos, en algunos de los países más adelantados estaba muy cercana y que la revolución rusa sólo se había adelantado a la de la revolución mundial.

Mientras ésta venía había que defender esa primera antorcha socialista. Ninguno de ellos imaginó jamás que la revolución rusa iba a quedar sola. Toda su estrategia inicial para construir el socialismo estuvo basada en la colaboración que pronto recibirían de las triunfantes revoluciones en los países desarrollados. Se pensó que con su ayuda se podrían resolver los problemas técnicos y económicos que planteaba el subdesarrollo ruso. La solidaridad de los países socialistas de Europa avanzada podría ofrecer a la Rusia poszarista de entonces los medios para superar su inmenso atraso.

Pero eso no ocurrió. En 1921 ya estaba claro para Lenin que la revolución mundial no venía, que se había establecido un extraño equilibrio de fuerzas, y que, aunque desde el punto de vista técnico las fuerzas militares del nuevo Estado revolucionario eran mucho más débiles que las fuerzas de la coalición imperialista que luchaba en su contra, se había establecido un cierto equilibrio de fuerzas. Si bien la revolución mundial no triunfó, la clase obrera que conformaba la tropa de los ejércitos de los países capitalistas no estuvo dispuesta a aplastar al primer Estado proletario. Sin esa situación en las tropas enemigas, jamás se hubiese podido sostener el primer Estado socialista.

La guerra había terminado, al menos temporalmente, pero el país estaba en ruinas. Su situación era aún mucho peor que en octubre del 17. La intensa guerra civil había destruido todavía más las fuerzas productivas, las fábricas estaban cerradas por falta de materias primas, el hambre azotaba las ciudades, era necesario mandar a los escasos obreros que sobrevivieron —ya que miles murieron en la guerra civil— al campo para que pudieran subsistir. La situación era tan catastrófica que Lenin sostiene que hay que emplear las reservas en oro, destinadas en el programa al desarrollo industrial del país, a la compra de alimentos para conservar al menos la fuerza de trabajo.

Esa era la situación de la URSS en el 1921. Una revolución proletaria con una clase obrera casi desaparecida y un partido casi sin cuadros...

Entonces aparecieron las voces derechistas que decían: "No debieron Uds. tomar el poder. Es imposible construir el socialismo con ese lamentable desarrollo de



las fuerzas productivas". En ese momento se plantea la alternativa de abandonar el poder y retornar al capitalismo, como lo planteaban sectores socialdemócratas europeos de aquella época, o aprovechar el poder popular conquistado para avanzar, lentamente y paso a paso, hacia el proyecto socialista, construyendo desde el poder los cimientos materiales de la nueva sociedad, con el consecuente ahorro de sudor y lágrimas al pueblo.

Esa salida, que fue la adoptada por los bolcheviques, implicaba que su partido asumiera durante algún tiempo la representación de la clase obrera, prácticamente inexistente, y que se tuviese que emplear una conducción muy centralizada para poder hacer frente a la reconstrucción acelerada del país en ruinas, que tenía que prepararse para una posible guerra, ya que se sabía que la paz lograda era muy inestable.

En una situación de este tipo no es extraño que los principios que Lenin planteaba en El estado

y la revolución no se hayan cumplido. El dirigente bolchevique planteó que se debería pagar salarios obreros a los que desempeñaban las tareas administrativas del Estado, sostuvo la necesaria revocación de mandato, la participación real de las masas. Todo esto no se dio. Se tuvo que recurrir a especialistas burgueses y pagarles salarios más altos. No se pudo aplicar la revocación por la escasez de cuadros. Ante el cúmulo de tareas y la adopción de éstas cada vez más por el propio partido, los soviets fueron perdiendo su empuje inicial.

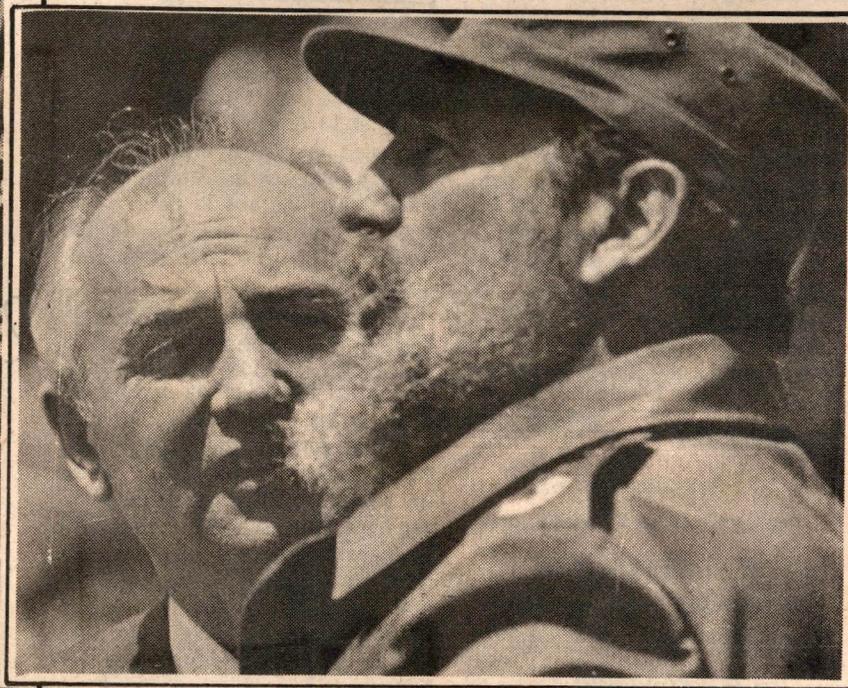
Existieron entonces razones históricas que explican, en un determinado momento, la ausencia de gestión desde abajo: la urgencia de determinados planes, la preparación para la guerra, la propia guerra, pero son razones coyunturales. Lo peor fue que eso, que fueron los defectos de la dictadura del proletariado, como dice Etienne Balibar en su libro *Sobre la dictadura del proletariado*, se

"Existieron entonces razones históricas que explican, en un determinado momento, la ausencia de gestión desde abajo en los primeros años de la URSS".

transformaron en regularidades. De esa forma, el partido único —que no fue un proyecto de Lenin ni de los bolcheviques, ya que éstos hablaban de democracia de los soviets— se transformó en la dictadura del partido. El partido terminó sustituyendo a la clase y acaparando el Estado. Y el gran ausente fue el control popular, eje del pensamiento leninista. Yo recuerdo que Althusser, preocupado por esa situación, creyó ver en la etapa inicial de la revolución cultural china, un mecanismo de control popular sobre el partido. El sostenía, y creo que la historia le ha dado la razón, que un país gobernado por un partido único, en la que éste asume las tareas del Estado, tiene que estar sometido a algún tipo de control popular.

Mis reflexiones sobre el problema de la vanguardia en América Latina y la crisis actual del socialismo me han llevado a pensar que quizás el ideal de conducción en el socialismo sea una vanguardia pluralista, compartida, en continuo debate y autocontrol, y no un partido único.

"En un país que se propone construir el socialismo, la existencia de varios partidos o de uno sólo no es una cuestión de principio, no es un dogma, depende de la forma concreta que adopta la lucha de clases en cada lugar".



EL PARTIDO UNICO EN CUBA: UNA NECESIDAD FRENTE AL IMPERIO

—¿Quiere decir que tú consideras que es un error la existencia de un partido único en Cuba?

—Antes de responder directamente a la pregunta me parece importante recordar que Lenin, el inspirador de la mayor parte de esos partidos y de nuestros partidos revolucionarios en América Latina, no pretendió fabricar una fórmula universal de partido. Por el contrario, tanto teórica como prácticamente él sostuvo la necesidad de que la organización política revolucionaria se adaptara a cada país. Entendía que el partido era un instrumento y no un fin, un instrumento de carácter organizativo para conducir al movimiento revolucionario a la toma del poder y a la construcción del socialismo en un determinado país. Muchos revolucionarios olvidan el carácter instrumental del partido y se dedican a perfeccionar el instrumento, olvidándose de que es su objetivo la conducción de

las masas.

Quizás sea importante señalar también en este sentido que Lenin no critica el modelo del partido socialdemócrata europeo de comienzos de siglo, lo que él sostiene es que si bien ese modelo es apto para Europa occidental, donde las formas democrático burguesas prevalecen y esos partidos tienen espacios legales donde desenvolverse, no lo es para la Rusia zarista, estado autocrático, represivo, con mínimos espacios legales.

No debemos tampoco olvidar que la concepción de partido único no es una concepción leninista. Lenin planteó la democracia de los soviets como la forma ideal de Estado de la nueva sociedad. Y en estos soviets participaban diversos partidos: los socialistas revolucionarios de izquierda y de derecha, los mencheviques, los anarquistas. Lenin como marxista sabía que los partidos son la representación política de diferentes clases o sectores de clases. Era, por lo tanto, natural que aceptara que en una sociedad que no había eliminado las clases, existieran diferentes expresiones políticas o partidos.

A tal punto valoró Lenin el pluripartidismo que, a pesar de que los bolcheviques arrasaron en las elecciones de octubre de 1917 en los soviets, éste instó en formar un gobierno de coalición con los socialistas revolucionarios, es decir, un gobierno que reflejara la alianza de clases obrero-campesina, la base social fundamental del nuevo poder. Fue la historia concreta, es decir, la forma en que se dio la lucha de clases en dicha revolución lo que llevó a la existencia de un solo partido. Y este hecho histórico propio de la revolución rusa, fue luego transformado en una de las tantas regularidades que había que seguir como ley, según los manuales soviéticos, si se quería hablar de construcción del socialismo. Se llegó así a caer en el absurdo de introducir en la constitución de muchos países socialistas un artículo en que se decreta que el Partido Comunista es la vanguardia de la clase obrera y el que dirige la construcción del socialismo, como si la condición de vanguardia se pudiese definir por decreto.

Resumiendo, en un país que se propone construir el socialismo la existencia de varios partidos o de uno sólo no es una cuestión de principio, no es un dogma, depende de la forma concreta que adop-